

Camarero, Luis;Sampedro, Rosario
¿Por qué se van las mujeres? El continuum de movilidad como hipótesis explicativa de
la masculinización rural
Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas, Núm. 124, 2008, pp. 73-105
Centro de Investigaciones Sociológicas
España

Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=99712086003>

*Reis. Revista Española de Investigaciones
Sociológicas*
ISSN (Versión impresa): 0210-5233
consejo.editorial@cis.es
Centro de Investigaciones Sociológicas
España

¿Por qué se van las mujeres? El *continuum* de movilidad como hipótesis explicativa de la masculinización rural¹

Why are women leaving? The mobility continuum as an explanation of rural masculinization process

Luis Camarero

Universidad Nacional de Educación a Distancia

lcamarero@poli.uned.es

Rosario Sampedro

Universidad de Valladolid

sampedro@soc.uva.es

Palabras clave: Medio Rural, Mujeres Rurales, Éxodo Rural, Mercado de Trabajo, Migración Laboral, Castilla y León, Comunidad Valenciana.

Keywords: Rural Environment, Countrywomen, Rural Exodus, Labour Market, Labour Migration, Castile and León, Autonomous Region of Valencia.

RESUMEN

La masculinización de las poblaciones rurales en España es un fenómeno endémico. Para indagar en sus causas, se analiza la evolución de distintas cohortes de nacidos en municipios rurales y su comportamiento migratorio en función de su nivel de estudios, situación laboral y prácticas de movilidad, especialmente en relación con los mercados laborales. Dicho análisis compara la región de Castilla y León, en donde el fenómeno alcanza la mayor intensidad, con la Comunidad Valenciana, en la que la masculinización aparece atenuada. Las conclusiones apuntan a que los procesos de arraigo y desarraigo de las mujeres

ABSTRACT

In Spain, the masculinization of rural towns and villages is an endemic process. In order to enquire into the reasons for this, an analysis is made of the evolution of different cohorts of people born in rural towns and their migratory behaviour using different variables: their level of education, work situation and mobility practices, particularly in relation to labour markets. This analysis makes a comparison between the region of Castile and Leon, where the phenomenon is the most intense, and the Autonomous Region of Valencia, where masculinization appears to be much more reduced. The conclusions seem to

¹ Este artículo se basa en los trabajos y reflexiones realizados a partir de un proyecto de I+D+i, financiado por la Junta de Castilla y León, con el título «Trabajo invisible, arraigo femenino y masculinización rural en Castilla y León». El proyecto se ha desarrollado entre 2005 y 2007, y el equipo de investigación ha estado formado, además de por los autores, por la profesora Ana Teresa López Pastor, de la Universidad de Valladolid.

rurales están relacionados con las oportunidades laborales y el acceso a la movilidad espacial. El carácter limitado de los mercados de trabajo rurales es resuelto mediante estrategias de *commuter* y de emigración como vía de acceso a empleos urbanos, estrategias que resultan claramente diferenciadas por género.

indicate that the processes governing whether rural women stay put or uproot themselves are related to employment prospects and access to spatial mobility. The restricted nature of rural labour markets resolved by using commuter and migration strategies as a way of accessing urban employment, strategies that are clearly differentiated by gender.

Luis Camarero

Doctor en Ciencia Política y Sociología por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Actualmente es Director del Departamento de Teoría, Metodología y Cambio Social en la UNED, y Profesor Titular de Sociología en la misma Universidad.

He gained his doctorate in Political Science and Sociology at the UNED. He is currently Director of the Department of Theory, Methodology and Social Change at the UNED (the Spanish Open University) and Associate Professor in Sociology at the same University.

Rosario Sampedro

Doctora en Ciencia Política y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es Vicedecana de la Facultad de Ciencias Sociales, Jurídicas y de la Comunicación de la Universidad de Valladolid y Profesora Titular de Sociología en la misma Universidad.

She gained her doctorate in Political Science and Sociology Complutense University. She is currently Deputy Dean of the Faculty of Social, Legal and Communication Sciences at the University of Valladolid, and Associate Professor in Sociology at the same University.

Departamento de Sociología I (Teoría, Metodología y Cambio Social). Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UNED. C/ Senda del Rey, s/n. 28040 Madrid. Spain.

La masculinización de las poblaciones rurales de España se ha convertido en un fenómeno endémico. En la actualidad, la relación de sexos en municipios menores de 5.000 habitantes es de 110,5 hombres por 100 mujeres en el grupo de 20-34 años. Esta relación alcanza sus máximos en el interior norte peninsular, en donde los indicadores muestran desequilibrios muy acusados (Rioja, 119; Aragón, 118; Castilla y León, 114; Navarra, 114). A pesar de la magnitud e importancia de este fenómeno, que en el caso español se viene describiendo desde comienzos de la década de los ochenta (Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos, 1991), los efectos de la masculinización rural sobre la estructura social y sobre los procesos de desarrollo no han sido suficientemente analizados. Durante mucho tiempo, la cuestión de la masculinización rural no ha pasado de lo anecdótico que suponían las «caravanas de mujeres»², sin que ello haya supuesto una reflexión profunda sobre las implicaciones sociales del fenómeno, a pesar del importante esfuerzo dedicado al desarrollo rural desde la incorporación de España a la UE. Tal vez esta desatención sobre las consecuencias³ tenga relación con la poca atención que se ha prestado a las causas. Sin embargo, no hay duda de que la masculinización constituye uno de los mayores hándicaps para el desarrollo de las áreas rurales.

El fenómeno de la masculinización rural no es nuevo. Adna Weber en 1899, en su célebre obra *The Growth of cities in the nineteenth century*, ya señala la feminización de las ciudades. Sin embargo, la explicación de la época viene dada por la sobremortalidad urbana de varones antes que por comportamientos migratorios diferenciados por sexo. Weber refiere la mayor mortalidad infantil de niños, el empleo en profesiones más peligrosas por los hombres y destaca especialmente la sobremortalidad de orden moral —vicios, crímenes y excesos de todo tipo—. Una reflexión sobre el desequilibrio por sexos en el hábitat es realizada por Sorokin y Zimmerman (1929) en la década de los veinte del pasado siglo. Estos

² Fue en 1985 cuando el fenómeno comenzó su recorrido mediático a través de la «caravana de mujeres» que, inspirada en la película de igual título, fue convocada en la prensa local por la «Asociación de Solteros de Plan (Huesca)». Un detalle de esta convocatoria puede consultarse en Fantova y Roger (1990). El suceso, por su impacto mediático, ha inspirado distintas iniciativas, principalmente por el interior peninsular: Fuente Saúco (Segovia), 1995; Valtiendas (Segovia), 1999; Hoyo de Pinare (Ávila), 2002; Huete (Cuenca), 2002; Pueblo Nuevo de Bullaque (2003); Fompedraza (Valladolid), 2003; Pedernoso (Cuenca), 2004; Alcadozo (Albacete); Fonfría (Teruel), 2005; Cobos de Fuentidueña (Segovia), 2005, son una muestra de las más recientes. Estas iniciativas inspiraron la película «Flores de otro mundo», de Iciar Bollain.

³ No obstante, se están produciendo cambios al respecto. Buena prueba de ello es la «Comisión sobre la Evolución de la Población en Castilla y León», creada en las Cortes de Castilla y León en el año 2003. En el Libro Blanco elaborado por dicha Comisión, la masculinización de la población rural aparece como uno de los temas recurrentes. En 2004 el Consejo Económico y Social de esta Comunidad solicitó un informe sobre la situación de la mujer en las áreas rurales. El informe en su análisis reconoce el importante desequilibrio entre sexos, aunque luego en sus conclusiones modera su alcance: «los desequilibrios no parecen muy graves en medidas absolutas, pues solamente en el caso de municipios con menos de cien habitantes la relación entre mujeres y hombres es inferior al 0,9» (CESCyL, 2004: 30). Hay, sin embargo, en estas conclusiones una mala interpretación de los datos. El Consejo destaca un dato global para el conjunto de población sin tener en cuenta que, por la mayor esperanza de vida de las mujeres y el sobreenviejamiento de las áreas rurales, la relación global entre sexos enmascara la gravedad de la situación en poblaciones jóvenes.

autores, además de descartar cualquier causa biológica, apuntan cuatro causas de orden social: en primer lugar, la correlación entre urbanización y feminización urbana, motivada por la demanda específica de mano de obra en distintos centros urbanos, que implica una migración selectiva. La segunda causa que señalan es el carácter familiar de la actividad agraria, que únicamente permite a las mujeres una inserción laboral de tipo doméstico. A estas dos causas añaden una tercera que relaciona la psicología femenina con la preferencia por la vida urbana, y una cuarta que tiene que ver con sistemas de herencia de los predios, que favorecen la transmisión por vía masculina.

Durante mucho tiempo, poco más se añadirá y las investigaciones realizadas al respecto se limitarán a describir la correlación entre urbanización y feminización urbana, especialmente en Estados Unidos. Las explicaciones siguen algunas de las líneas apuntadas por Sorokin y Zimmerman: la masculinización de los trabajos agrarios o la atracción que ejercen las ciudades sobre las mujeres, atracción que suele explicarse por la mayor comodidad de la vida urbana (Landis, 1948). Al margen de las explicaciones ofrecidas, estos trabajos reconocen que la cuestión reside en la diferencialidad por sexo de las corrientes migratorias y lentamente se centran en relacionar estas diferencias con los tipos de ocupación. El ratio de sexos se compara con tipologías urbanas determinadas por su especialización productiva (Greenberg, 1949a). Ya en los años sesenta, y a partir de estudios comparados en diversos lugares del mundo, se establece que las diferencias apreciables en la distribución por hábitat de hombres y mujeres, y las migraciones diferenciales, están en relación con el tipo de ocupación: empleos agrarios masculinizados y empleos industriales feminizados (Hunt, 1965).

Mayor interés tiene el trabajo de Boserup (1970). Esta autora, desde una perspectiva territorial muy amplia, establece una relación entre las diferencias en las tasas de actividad de las mujeres en el campo y la ciudad, y las tasas diferenciales de emigración femenina. Por ejemplo, en Latinoamérica observa un contraste entre baja tasa de actividad femenina rural y alta tasa urbana, mientras en África se aprecia la situación contraria. Así establece tres causas que intervienen en las diferencias migratorias. Una de ellas es la existencia de oportunidades económicas en las ciudades; otra, la fuerte vinculación a la actividad agraria —por ejemplo, en África, en donde las migraciones campo-ciudad están masculinizadas—, y añadirá una tercera, pensando en el caso asiático, que tiene que ver con los constreñimientos culturales a la movilidad. Esta última causa de variación en las migraciones selectivas, expuesta pensando en factores de índole religiosa, quizás sea, una vez convertida a determinantes culturales de género, una forma de comenzar a observar el fenómeno desde otras lógicas.

No será hasta la década de los ochenta cuando los estudios de género introducirán una nueva perspectiva. En lo que a Europa se refiere, Whatmore (1991) comenzará a señalar

las relaciones de género en las unidades productivas agrarias como motor de lo que empieza a denominarse «huida». Estudios más específicos señalan también otros factores, como es el diferencial en beneficios sociales que presentan las asalariadas urbanas frente a las trabajadoras agrícolas (Alm's y Haugen, 1991). Dentro de esta línea argumentativa del rechazo a la actividad agraria surge una tesis, basada en el denominado «feminismo de la diferencia», en la que la idea principal es que el abandono tiene que ver con la dificultad de poder llevar a cabo una agricultura menos productivista, más ecológica y más acorde con la naturaleza (Haugen y Brandth, 1994).

En el caso de España, la principal línea explicativa del fenómeno de la masculinización rural ha venido de la mano de Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos (1991), a través del concepto de ruptura generacional, en el contexto de los procesos de desagrarización. Las jóvenes rurales buscan, mediante diferentes estrategias, el abandono de la sumisión patriarcal en el seno de las familias agrarias, sumisión que tiene su expresión más relevante, en el marco de las explotaciones familiares, en la condición de «ayuda familiar». Podemos distinguir así una ruptura con la actividad agraria, a través de la salarización en otros sectores productivos, con una ruptura más radical con el orden social/local a través de la denominada «huida ilustrada». La «huida ilustrada» es una estrategia de cualificación formativa que permite dejar atrás el mundo rural/agrario, haciendo posible el ascenso social mediante el ejercicio de una ocupación o profesión cualificada. Es una estrategia vinculada a la agricultura familiar con soporte patrimonial, que ha tenido por ello una enorme importancia en el mundo rural español. Es esta agricultura familiar la que más dramáticamente experimenta, por otro lado, las paradojas sociales de la modernización (De la Fuente, 1987; González, 1993). Las diferentes estrategias familiares desplegadas en este contexto hacia los hijos —preparados para heredar la explotación, convertida ahora en empresa modernizada, pero aún familiar— y hacia las hijas —a las que se dota de estudios, como capital básico de ascenso social— muestran el diferente papel que hombres y mujeres juegan en las explotaciones familiares agrarias, y terminarán teniendo efectos perversos para la propia reproducción de las mismas (dejando sin esposas a los titulares de explotaciones definitivamente profesionales y modernizadas).

La hipótesis de la «huida ilustrada» ha sido consistente con los datos. Precisamente el hecho de que la mayor masculinización rural se ha alcanzado en las zonas rurales de mayor presencia de actividades agrarias familiares, como Castilla y León, y mucho menor en aquellas regiones rurales, como el Levante, donde el trabajo asalariado tiene un mayor peso específico, ha llevado a centrar casi totalmente la atención de los investigadores de la masculinización rural en este proceso de huida ilustrada: estudiar para irse a trabajar a la ciudad. La formación se ha visto como la principal vía de acceso al empleo y de ruptura con una condición —la de ayuda familiar— que frustra tanto la aspiración a un

reconocimiento del estatus de trabajadora como a un verdadero disfrute del estatus doméstico, sólo posible para las mujeres fuera del ámbito agrario familiar (Sampedro, 1996).

La tesis de la «huida ilustrada» se ha visto reforzada también con los análisis que, desde claves identitarias, han indagado sobre el desarraigo de las jóvenes rurales (Díaz Méndez, 1995). Desafección del medio rural y estudios parecían elementos casi intrínsecamente unidos. Sin embargo, el análisis reciente de las actitudes de arraigo rural entre las jóvenes, en el contexto de lo que ha venido a denominarse de forma genérica «nueva ruralidad» (Kayser, 1990), ha permitido contemplar un panorama diferente (Díaz Méndez, 2005). La redefinición positiva de la ruralidad desde claves «postmodernas» iría de la mano de la redefinición de la identidad femenina y la utilización de recursos locales como las redes familiares y comunitarias en la obtención de un estatus femenino más igualitario y protagonista (Díaz Méndez, 2005).

Los estudios de Díaz Méndez (2007) señalan como causa del arraigo femenino la amplitud de horizontes territoriales en la que se configura la nueva ruralidad, amplitud no sólo simbólica, sino que también se refiere a la importancia que el acceso a los mercados de trabajos extralocales tiene en la permanencia de las mujeres jóvenes. Otras investigaciones (Camarero *et al.*, 2006) muestran el impacto que los mercados extralocales tienen en la actividad de las mujeres rurales. Respecto a la utilización del capital escolar como vía de ascenso social, Díaz Méndez (2007) señala que las nuevas generaciones de arraigadas rurales no valoran tanto los estudios como mecanismo que permite una mejor inserción laboral. Si, en su momento, ésta fue la vía principal para salir del contexto único que representaba su integración en la agricultura familiar⁴, ahora la «huida ilustrada» es uno más de los mecanismos que las mujeres utilizan para procurarse otra forma de inserción en la vida económica, pero no el único.

Ciertamente, la tesis de la «huida ilustrada» era coherente con la situación planteada en pleno proceso de desagrarización; sin embargo, culminado dicho proceso, la masculinización rural continúa, y continúa además tras la crisis del modelo de empleo fordista, que maximizaba la eficacia de los estudios como instrumento de ascenso social, y cuando las mujeres rurales han alcanzado niveles formativos claramente superiores a los varones rurales (Camarero *et al.*, 2005). Es por ello objeto de este texto plantear nuevas formulaciones a

⁴ La relación de los mercados de trabajo con la emigración selectiva por sexo responde a distintas lógicas. Brasil, en donde la feminización rural de la década de los cincuenta ha dado paso a una situación importante de masculinización en los años noventa, se ha destacado como clave del proceso la importante demanda de trabajo doméstico en las áreas urbanas. Es decir, en este caso la sobreemigración femenina responde a un proceso de asalarización claramente precarizada. Vid. Abramovay (2000).

un problema ya endémico de las áreas rurales pero, y precisamente por ello, esquivo a su explicación.

Nuestra hipótesis tiene que ver con la recomposición de los mercados de trabajo rurales, con el papel creciente que la movilidad tiene en las estrategias laborales y con el diferente «uso» que hombres y mujeres hacen de la movilidad.

La cuestión de la masculinización rural, vista desde la «huida» o vista desde el arraigo, remite en ambos casos a la segmentación de género que se establece en los mercados de trabajo. Si incidimos en la sobreemigración femenina, los estudios han señalado al restrictivo mercado de trabajo femenino rural (Little, 1990, 1991, 1994, 1997) y al enclaustramiento de la actividad femenina en el ámbito de los negocios familiares. Vista desde las estrategias de arraigo, los estudios apuntan a las nuevas oportunidades de empleo y profesionalización que se abren para las mujeres con el cambio en los mercados de trabajo rurales. La diversificación de actividades y la importancia que ciertas actividades desarrolladas tradicionalmente por mujeres tienen en los procesos de desarrollo rural son claves en este sentido.

Los mercados de trabajo rurales han venido sufriendo durante las últimas décadas grandes transformaciones. En primer lugar, por las propias transformaciones del mundo del trabajo dentro del llamado régimen postfordista, y que en lo que afecta a las relaciones laborales disuelve el carácter permanente, estable y regular de éstas a favor de relaciones más fugaces o efímeras, estacionales y frecuentemente irregulares (Amin, 1995). Y, por otra parte, en los cambios producidos en las formas de subsistencia de las poblaciones rurales.

En este sentido, dentro de lo que genéricamente se denomina «reestructuración rural» (Marsden, Lowe y Whatmore, 1990) se han señalado importantes variaciones en la organización productiva de las áreas rurales y, consecuentemente, en el funcionamiento de los mercados de trabajo locales. Así, además del conocido proceso de desagrarización asistimos a la desfamiliarización de la agricultura (Gómez Benito, González y Sancho Hazak, 1999), la diversificación de actividades y, sobre todo, la integración de los habitantes rurales en los mercados laborales urbanos (Fuguitt, 1991; Oliva, 1995).

Esta última cuestión resulta central. Como efecto de la creciente movilidad se produce una disolución continuada de las áreas rurales como unidades de residencia y trabajo, ya que los mercados de trabajo tienden a concentrarse en las áreas urbanas. Una cosa son los lugares de residencia y otra, probablemente cada vez más distanciada, los lugares de trabajo. Frente a la ruralidad tradicional constreñida al entorno local se impone una nueva situación de movilidad. Así lo evidencia la cartografía más reciente del *commuter* rural (Camarero y Oliva, 2005).

Recientemente, el documento de la OCDE titulado *Un nuevo paradigma rural* reconoce la importancia de la movilidad⁵. Señala la OCDE que en 10 de sus 27 Estados miembros el empleo rural ha tenido un mayor crecimiento que el urbano. Si bien una interpretación simple de este hecho pueda ser la atracción que sobre ciertas actividades productivas ejercen las áreas rurales, otra lectura posible conduce al creciente poder de atracción residencial que tienen dichas áreas para trabajadores urbanos, sin que ello implique necesariamente el traslado de actividades.

En 2004, el Comité Editorial del *Journal of Rural Studies* publicó un editorial⁶ en el que se hacía eco de seis falacias asentadas (*stylised fallacies*) en la investigación rural. La cuarta de ellas se refería a los mercados de trabajo rurales: en su formulación habitual se considera que éstos son restringidos, reducidos y con salarios menores. Sin embargo, los editores señalan que el problema es considerar los mercados de trabajo en un sentido *local*. Destacan que la realidad, al menos en las áreas inglesas, se caracteriza por la fuerte movilidad de los habitantes rurales como parte de sus estrategias laborales. Y concluyen que sólo una definición incorrecta de la noción de mercado de trabajo permitiría sustentar aquella afirmación. Si se aplica un criterio de restricción territorial —léase local— de los mercados laborales, éstos adquieren una dimensión artificiosa y así se componen simplemente de mercados de trabajo residuales: los compuestos por aquellos grupos con movilidad reducida.

En efecto, dentro de la lógica de lo que ha venido denominándose «compresión del espacio tiempo» (Harvey, 1989), la tradicional coincidencia entre residencia y trabajo ha venido modificándose en una relación más compleja que integra la movilidad. Y en este sentido conviene señalar que las mujeres se han movido de forma distinta a los varones porque los mercados laborales eran muy distintos en cuanto a las posibilidades ofrecidas en función del género. En lo que a nuestro objeto de estudio se refiere, para los varones la diferencia entre mercados urbanos y rurales reside básicamente en las mayores oportunidades en lo que respecta a salarios, estabilidad, condiciones de trabajo, etc., que ofrecen las áreas urbanas. Para las mujeres, mercados laborales rurales y urbanos implican una situación muy distinta en lo que respecta a su inserción laboral, y ya no sólo en términos de calidad del empleo, sino de reconocimiento de la propia actividad. Los mercados urbanos suponen una mayor autonomía y desarrollo profesional, mientras que los mercados rurales suponen una mayor dependencia y subsidiariedad, en la medida en que aparecen vinculados frecuentemente al trabajo familiar o informal. A ello hay que añadir las mejores condiciones materiales para compatibilizar la vida familiar y laboral que ofrecen los entornos urbanos.

⁵ OCDE (2006).

⁶ Journal of Rural Studies (2004).

Mientras que en el ámbito rural esa compatibilidad se apoya sobre todo en las siempre ambivalentes redes informales familiares y vecinales, en entornos urbanos se asienta en un número siempre mayor y más accesible de equipamientos ligados al trabajo reproductivo (guarderías, colegios, equipamientos sanitarios, comerciales, etc.). En la medida en que para ellos los mercados de trabajo urbanos y rurales son más «intercambiables» que para ellas, se pueden reproducir las diferencias en las tasas de emigración. Es decir, se pueden establecer formas de acceso a mercados de trabajo extralocales (urbanos) distintivas que pueden implicar o no el cambio de residencia.

Por ello consideramos clave abordar la relación entre residencia y lugares de trabajo, entre áreas rurales y mercados laborales efectivos a través de la movilidad en un sentido amplio. Zelinsky (1971) en los años setenta ya abordó la intercambiabilidad entre migración y *commuting* dentro de una teoría general de la movilidad. Este autor señalaba la existencia de una relación cíclica con periodos de mayor migración que daban paso a periodos de mayor *commuting* —circulación— en función de los cambios en la organización productiva. Hasta ahora, las investigaciones han tendido a estudiar de forma separada bien a los emigrantes rurales o bien a los *commuters*. Sin embargo, y aquí reside la novedad del enfoque que proponemos, ambos fenómenos pueden considerarse como dos alternativas estratégicas de adecuación entre mercados laborales y residencia. En el contexto de la ruralidad española actual podemos considerar la movilidad espacial desde los espacios rurales hacia los urbanos, con independencia de si esa movilidad implica el cese o no de la residencia rural, jugando con la hipótesis de que quienes cambian de residencia para trabajar no tendrían lógicas tan dispares a los que simplemente se desplazan con el mismo propósito. Es decir, vamos a observar la realidad de la movilidad no desde el origen, sino desde el destino, y vamos a entender el destino en función de su significado; en este caso, el acceso laboral. Esta sería la lógica que podría encontrarse tras el proceso de masculinización rural.

Así, vamos a considerar *commuter* y emigración como dos grados distintos de un mismo proceso de movilidad que busca la adecuación entre residencia y trabajo⁷. En este *continuum* de movilidad⁸ habrá, indudablemente, diferencias en cuanto a la ubicación de los

⁷ La consideración conjunta de la emigración y el *commuter* tiene pocos antecedentes en la investigación social. El más destacable es el realizado por Renkow y Hoover (2000). Estos autores lo utilizan para mostrar el proceso inverso que a nosotros nos ocupa, el proceso de desconcentración de un área urbana.

⁸ Podría parecer que el denominado *continuum* de movilidad es simplemente una categoría bipolar. Entre la emigración y el *commuter* diario o pendular existen grados intermedios que, a pesar de la dificultad de su registro estadístico, van progresivamente incorporándose en los estudios de movilidad. Por ejemplo, las estructuras estudiadas ya desde los años setenta (Rapoport y Rapoport, 1878; Winfield, 1985) de residencia única (*single residence*) y doble residencia (*two residence*) en referencia a trabajadores que mantienen una doble residencia semanal, una cerca del trabajo y otra en que reside la pareja, quien también puede mantener una doble residencia. Es decir, aunque el presente artículo simplifica en dos polos la relación entre residencia y trabajo, existen grados muy distintos de *commuter*.

sujetos, diferencias que exploraremos en función del género y también en función del nivel de estudios, a tenor de la tesis de la «huida ilustrada» y por las implicaciones directas que tiene el nivel formativo en la posición en los mercados laborales.

I. ESTRATEGIA METODOLÓGICA

Los estudios sobre áreas rurales se realizan a partir del análisis de los residentes rurales en un determinado momento; este proceder invisibiliza la movilidad e impide precisamente relacionar emigrantes con no emigrantes. Por ello se propone ahora un estudio generacional de las cohortes originales, es decir, el seguimiento de los nacidos en áreas rurales en determinadas regiones para determinar cuál es actualmente su lugar de residencia y su lugar de trabajo y poder establecer la relación entre ambos, objeto último del presente estudio.

El análisis se ha centrado en Castilla y León. Esta región presenta el proceso de masculinización rural más temprano y también más intenso, precisamente, como se ha apuntado anteriormente, por el fuerte dominio que tienen los negocios y la agricultura familiar en las áreas rurales.

Como contraste se utilizará en la parte analítica a la Comunidad Valenciana, como región representativa de los mercados de trabajo del Levante, mucho menos familiares y mucho menos agrarios, es decir, más diversos en orientación y también más asalariados, siendo por ello una región donde la masculinización rural es más tardía y de una intensidad comparativamente menor.

La fuente de datos la constituye el Censo de Población de 2001, elaborado por el INE. Esta fuente permite conocer la situación de distintas cohortes de nacidos en municipios rurales, de forma tal que podemos seguir a sus miembros hasta sus lugares de trabajo y residencia en la fecha censal, pudiendo realizar dicho análisis en función de sus lugares de nacimiento (tamaño de municipio y provincia)⁹.

Los datos serán analizados para dos cohortes: los nacidos en 1952-56 y los nacidos en 1967-71. La primera cohorte tiene 45-49 años en la fecha censal, y es la generación que

⁹ A partir de los registros del Censo que facilita el INE se ha confeccionado un fichero con un número reducido de variables, lugar de nacimiento (provincia y tamaño del municipio), edad, sexo, nivel formativo, lugar de residencia actual en el territorio nacional (provincia y tamaño de municipio), posición respecto a la actividad y lugar de trabajo para los ocupados (relación con el municipio de residencia, provincia y tamaño del municipio de trabajo).

presenta las tasas de masculinización más elevadas. La segunda cohorte son quienes tienen 30-34 años en 2001. Se trata de una generación que ha dejado atrás la juventud, tiene completada su trayectoria formativa y se encuentra en el momento de formación de unidades familiares. La primera generación marcaría la situación del inicio del proceso y la segunda aproxima la situación al momento actual.

Como variable de control necesaria, dada la segmentación de los mercados de trabajo urbanos y rurales en función de la cualificación, se utilizará el nivel formativo, resumido en tres categorías según estudios completados: estudios de primer grado y menores, de segundo grado y de tercer grado, con la siguiente composición:

- *Estudios de primer grado:* Personas que fueron a la escuela cinco años o más sin completar EGB, ESO o Bachiller Elemental. Si no se especifica lo contrario, incluye también a personas sin estudios, es decir, con menos de cinco años de escolarización y analfabetos.
- *Estudios de segundo grado:* Se considera que una persona tiene estudios de segundo grado cuando ha terminado ESO, EGB, Bachillerato Elemental, Bachiller Superior, BUP, Bachiller LOGSE, COU, PREU, FP de grado medio, FPI, Oficialía Industrial o equivalente, FP de grado superior, FPII, Maestría Industrial o equivalente. Las personas que han alcanzado el nivel de Formación
- *Estudios de tercer grado:* Se considera que una persona tiene estudios de tercer grado cuando ha terminado una Diplomatura, Arquitectura o Ingeniería Técnicas, tres cursos de una Licenciatura, Ingeniería o Arquitectura, una Licenciatura, una Ingeniería o el Doctorado.

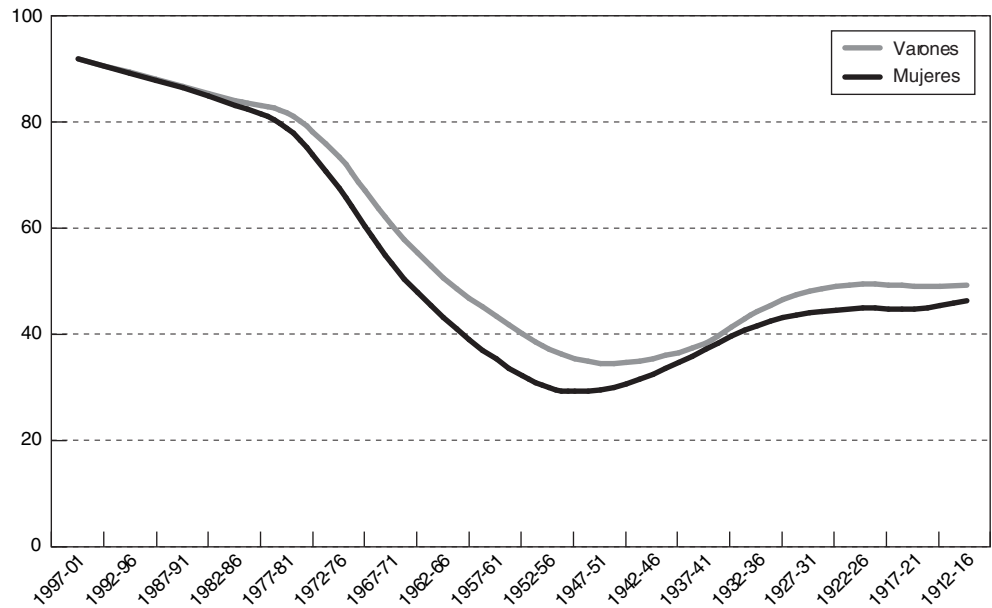
II. EVOLUCIÓN DE LA SOBREENMIGRACIÓN FEMENINA

Como es de sobra conocido, el proceso de éxodo rural alcanza sus máximos a finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta (García Barbancho, 1975; Camareiro, 1993). Este proceso, que fue muy selectivo por edad, ha generado un vacío demográfico tan importante en algunas generaciones que bien pueden denominarse «generaciones ausentes». Este hecho puede comprobarse en los gráficos 1 y 2, que muestran la permanencia de las distintas generaciones de nacidos en el medio rural¹⁰. Por ejemplo, en el

¹⁰ En los gráficos siguientes (1, 2, 3 y 7), en el eje de abscisas las generaciones se ordenan por edad actual; por tanto, las fechas de nacimiento de las generaciones aparecen en orden inverso.

GRÁFICO 1

Tasas de permanencia de la población española nacida en municipios rurales



NOTA:
Municipios rurales <5.000 habitantes.

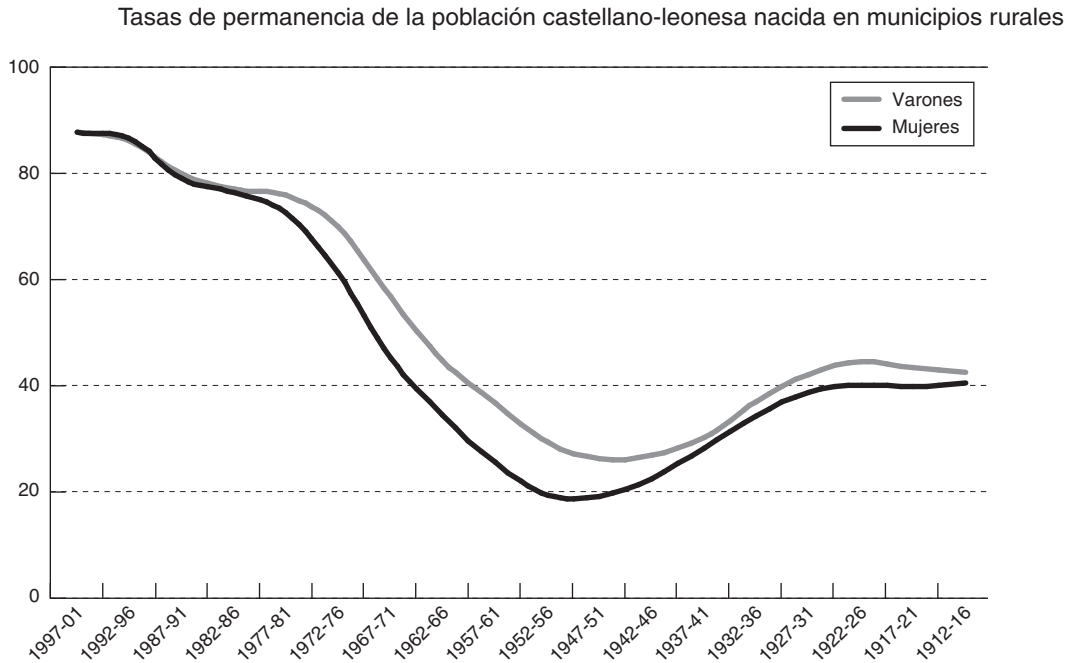
FUENTE:
Censo de Población 2001, INE. Elaboración propia.

gráfico 2 se observa que en Castilla y León sólo uno de cada cinco nacidos entre 1952-56 sigue residiendo en el medio rural.

Estos gráficos muestran, además, que la sobreemigración rural femenina es, sin embargo, un fenómeno algo más tardío. Las diferencias en emigración entre varones y mujeres se aprecian de una forma más nítida en el gráfico 3. La sobreemigración femenina es un fenómeno que alcanzará su máxima expresión durante la década de los años setenta, justo en el momento en el que los flujos migratorios campo-ciudad pierden relativamente intensidad.

Visto el proceso de éxodo rural desde una perspectiva histórica, y situando sobre él las diferencias migratorias entre varones y mujeres de una misma generación, se deduce fácilmente que la sobreemigración femenina es un proceso inercial, un proceso que cobra importancia en el momento en que se ralentiza la emigración rural. Es decir, la paralización

GRÁFICO 2



NOTA:
Municipios rurales <5.000 habitantes.

FUENTE:
Censo de Población 2001, INE. Elaboración propia.

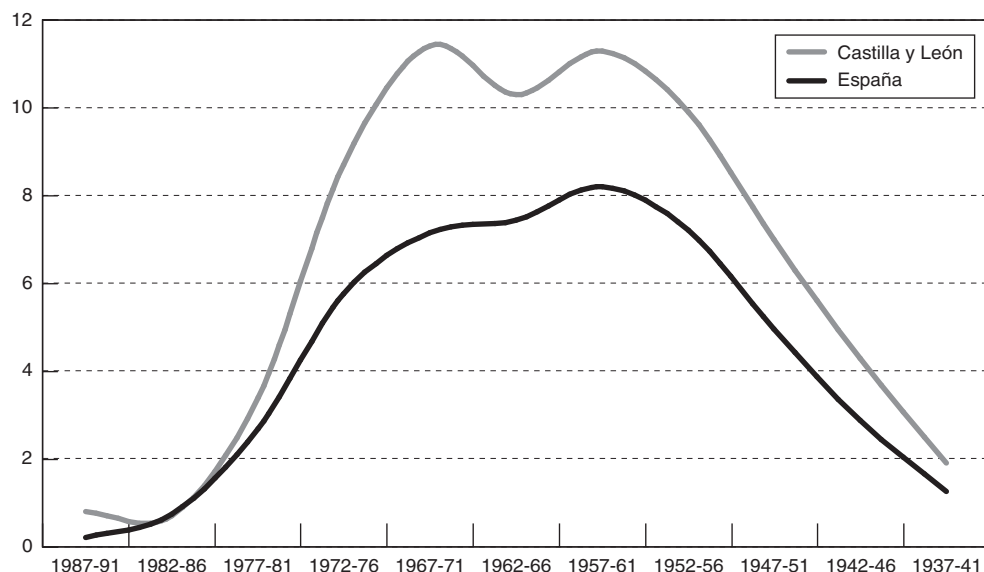
de los flujos migratorios resulta mayor para los varones, mientras que las mujeres continúan su éxodo.

La ralentización del éxodo rural ha sido explicada por el proceso de colmatación de la actividad industrial y la recesión de ésta a finales de la década de los setenta. En esos años comenzará el dismantelamiento de tradicionales centros industriales vinculados a actividades pesadas como la siderurgia. Pero coincidiendo con ello hay un cambio en la estructura productiva de la economía española que se manifiesta en el creciente peso de las actividades terciarias y de servicios. Y precisamente en este cambio de las estructuras productivas adquiere sentido la menor recesión emigratoria femenina.

Por ello, la cuestión de la masculinización rural va a ser resultado del cambio en las condiciones de acceso de las mujeres a la actividad económica —incorporación a mercados de

GRÁFICO 3

Comparación de la sobreemigración femenina rural entre España y Castilla y León



NOTA:
Municipios rurales <5.000 habitantes.

FUENTE:
Censo de Población 2001, INE. Elaboración propia.

trabajo asalariados, desvinculación del trabajo en el ámbito familiar y mejora de sus niveles educativos—, en combinación con la transformación de la sociedad española en el tránsito de una sociedad industrial a una sociedad postindustrial que ofrece un mayor volumen de empleos femeninos.

Lo anteriormente comentado resulta aún más patente en el caso castellano-leonés. Como se puede apreciar en el gráfico 3, en Castilla y León la sobreemigración femenina resulta todavía más intensa y más persistente en el tiempo respecto al conjunto nacional.

II.1. *La generación ausente: 1952-56*

Las mujeres nacidas en las áreas rurales de Castilla y León entre 1952 y 1956 constituyen una generación ausente; quedan en la actualidad en estas áreas rurales menos de la quinta parte de la cohorte. Esta generación abandona el medio rural en los años setenta, cuando el proceso de éxodo rural comienza claramente a remitir.

La distribución actual en el territorio de esta generación nos permite comprender algunas de las causas del fenómeno de la sobreemigración rural femenina. El primer detalle que podemos observar es que la emigración de mujeres del medio rural castellano-leonés se corresponde con su concentración en la región metropolitana de Madrid (vid. tabla 1).

TABLA 1

Distribución territorial de la generación 1952-56 de castellano-leoneses nacidos en municipios de menos de 5.000 habitantes (en porcentajes)

	Mujeres	Varones
Castilla y León <5.000	19,5	29,4
Castilla y León >5.000	25,4	22,7
Madrid	22,2	17,7
País Vasco	11,7	10,9
Cataluña	7,7	6,3
Resto España	13,4	13,1
Total	100,0	100,0

Respecto a sus coetáneos varones, para las castellano-leonesas se observa una relativa concentración en los municipios más urbanos de la región además de en Madrid. El resto de los destinos urbanos, como son las comunidades vasca y catalana, no presentan, por el contrario, diferencias apreciables por sexo. Este dato nos alerta sobre uno de los mecanismos que subyacen al proceso de emigración, el carácter de los mercados laborales de destino.

Así, el primer periodo de éxodo tiene su lógica en la expansión de los mercados laborales industriales (concentrados en torno a las áreas catalana y vasca), trabajos manuales, en la industria y con bajos niveles de cualificación. El proceso de urbanización español culmina con el crecimiento y concentración de la actividad de servicios en el área metropolitana de Madrid. En este sentido se establece un mercado laboral segmentado y cualificado y, por ello, diferencial en función del sexo.

Nuestra generación protagonista presenta varias características que la convierten en una generación de cambio. Valga como indicador de ello su nivel de estudios. Por primera vez, esta generación de mujeres muestra unos niveles formativos similares a los de los varones. Se trata de una generación que ha estudiado, es decir, es la primera generación de mujeres rurales que puede acceder, al menos teóricamente, al mercado laboral asalariado en igualdad de condiciones formativas que los varones.

TABLA 2

Nivel formativo de la generación 1952-56 (nacidos en municipios rurales castellano-leoneses)
(en porcentajes)

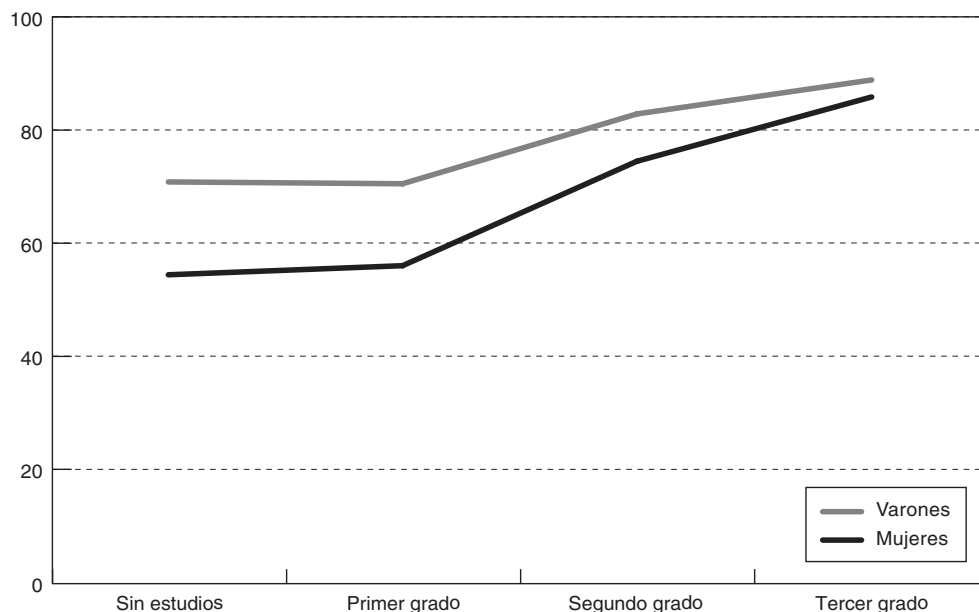
	Mujeres	Varones
Sin estudios	4,9	4,7
Primer grado	26,6	27,0
Segundo grado	55,1	54,3
Tercer grado	13,5	14,0
Total	100,0	100,0

Esta situación de igualdad formativa resulta crucial para valorar la sobreemigración femenina en función de su cualificación. Los datos muestran claramente que a mayor formación, mayor tasa de emigración (vid. gráfico 4). Sin embargo, y aquí reside la primera sorpresa, esta relación entre formación y emigración no diferencia a varones de mujeres. Respecto a la sobreemigración femenina, como puede apreciarse en los datos, la clave de dicha diferencia aparece precisamente en los niveles formativos inferiores. Es precisamente en estos niveles en donde encontramos diferencias en las tasas de emigración femeninas y masculinas, apareciendo claramente una sobreemigración femenina. Así, aunque es cierto que la formación tiene relación con la expulsión de población rural —sólo ha quedado uno de cada 10 nacidos rurales en el caso de que hayan adquirido nivel universitario—, el factor que ha llevado a la masculinización ha sido precisamente el inverso: la falta de formación.

La constatación anterior no invalida la tesis de la «huida ilustrada». Resulta claro que el hecho de que esta generación de mujeres alcance la igualdad formativa muestra un cambio estratégico en el uso que las mujeres rurales hacen de la educación. Esta nueva utilización estratégica de la formación expresa una ruptura de las jóvenes con las condiciones laborales y familiares del medio rural en pleno proceso de modernización. Como se ha señalado con anterioridad, en el caso de Castilla y León este proceso ha estado vinculado a las es-

GRÁFICO 4

Tasas de emigración rural por nivel de estudios actual. Generación 1952-56



NOTA:
Municipios rurales <5.000 habitantes.

FUENTE:
Censo de Población 2001, INE. Elaboración propia.

estructuras agrarias y a las estrategias familiares, en el sentido de que han sido precisamente aquellas explotaciones familiares mejor dimensionadas quienes han realizado el esfuerzo de formación de sus hijas, es decir, la propia agricultura modernizada ha alentado el proceso de «huida ilustrada».

Sin embargo, este sobreesfuerzo formativo de las mujeres lo es para igualarse al intenso éxodo rural que están protagonizando los varones. Es decir, no explica las diferencias en emigración, ni por tanto la masculinización rural, ya que son precisamente las mujeres con niveles formativos más escasos las que, en último término, están provocando el efecto de vaciamiento de mujeres en el medio rural. Podemos deducir, por tanto, que, además de la huida ilustrada, están actuando otros factores que tienen que ver con la adecuación a los mercados laborales, en el sentido de la distinta posición de varones y mujeres en ellos. Es este aspecto el que es preciso investigar más a fondo.

II.2. *La generación regional: 1967-71*

Esta generación, que sigue mostrando una alta masculinización entre sus efectivos rurales, muestra una menor dispersión territorial que su antecesora. La propia Comunidad de Castilla y León, junto con Madrid, concentran la mayor parte de sus efectivos. Esta menor dispersión territorial es, en cierta medida, lógica ya que esta generación emigra a mediados de los ochenta, cuando el proceso de éxodo rural se ha ralentizado y los antiguos polos urbano-industriales, que fueron sobre todo el País Vasco y en menor medida Cataluña, se encuentran en un claro proceso desindustrializador. Sin embargo, los destinos que producen las diferencias en emigración rural por sexo son básicamente los mismos —la fuerza de atracción de Madrid—, si bien aumentan las diferencias en cuanto a la concentración de mujeres rurales en los núcleos urbanos castellano-leoneses.

TABLA 3

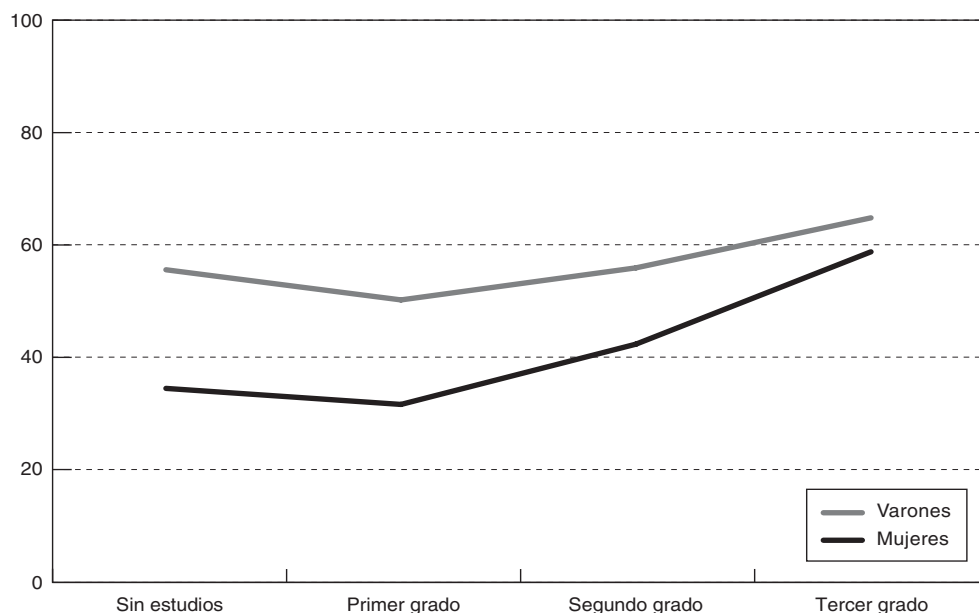
Distribución territorial de la generación 1967-71 de castellano-leoneses nacidos en municipios de menos de 5.000 habitantes (en porcentajes)

	Mujeres	Varones
Castilla y León <5.000	45,4	56,9
Castilla y León >5.000	24,2	17,9
Madrid	14,2	10,9
País Vasco	3,3	3,1
Cataluña	3,1	2,9
Resto España	9,7	8,4
Total	100,0	100,0

Al comparar los datos de emigración de ambas generaciones por nivel de estudios se observa primero que, para la generación que ahora nos ocupa (vid. gráfico 5), el impacto de los estudios en la emigración resulta menor. Nótese que la pendiente del gráfico 5 es menor que la pendiente del gráfico 4, es decir, la intensidad emigratoria se hace más independiente del nivel de estudios, o, dicho de otra forma, las diferencias en estudios explican menos las diferencias en intensidad emigratoria. En segundo lugar se constata un ligero crecimiento en el impacto que tienen los estudios superiores para producir sobreemigración femenina (vid. gráfico 6). A pesar de ambas matizaciones, en términos generales no varían para esta generación las tendencias señaladas para su antecesora: altos estudios significan éxodo, pero bajos estudios significan un éxodo relativamente más desigual.

GRÁFICO 5

Tasas de emigración rural por nivel de estudios actual. Generación 1967-71



NOTA:
Municipios rurales <5.000 habitantes.

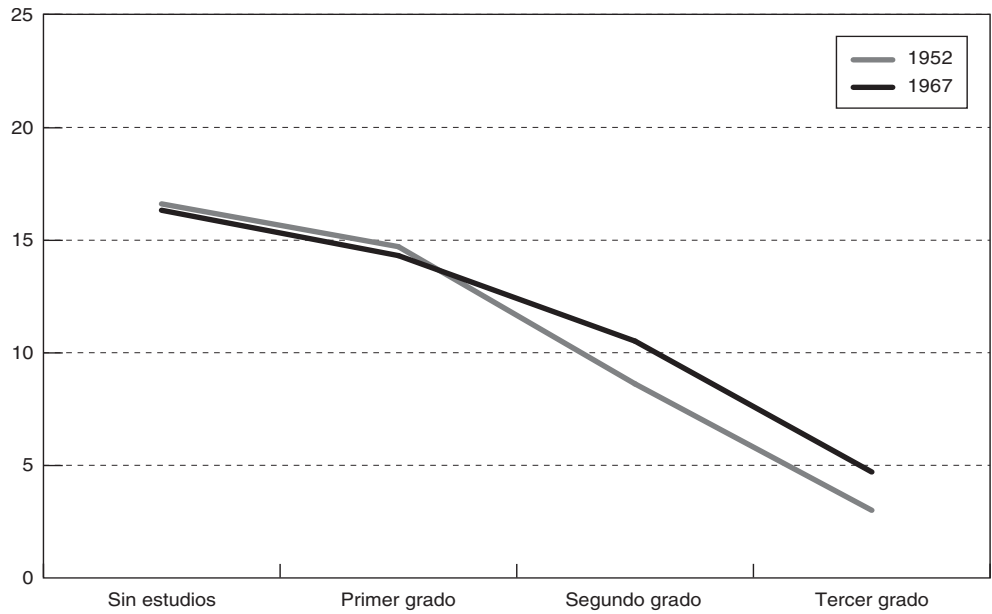
FUENTE:
Censo de Población 2001, INE. Elaboración propia.

Si bien las diferencias por estudios explican ahora menos la sobreemigración femenina, ello no resulta perceptible en lo que respecta al volumen emigratorio final. Esto es debido a que ahora existen diferencias claras en nivel de formación entre varones y mujeres. La generación que ahora nos ocupa presenta una clara sobreformación femenina. Una de cada cuatro mujeres tiene estudios de tercer ciclo, mientras que el mismo nivel no llega a alcanzarlo uno de cada seis varones (vid. tabla 4).

Al haber más mujeres con altos estudios, categoría en la que es más probable la emigración, el volumen final de la sobreemigración femenina crece. Mientras, las categorías de bajos estudios siguen produciendo importantes variaciones en el comportamiento emigratorio, aunque se haya reducido su presencia en el volumen final de migrantes. El resultado final es que, en estas nuevas generaciones, la sobreemigración femenina crece y la masculinización rural aumenta.

GRÁFICO 6

Contribución (mediante diferencia) de los estudios a la sobreemigración rural femenina.
Comparación de generaciones



NOTA:
Municipios rurales <5.000 habitantes.

FUENTE:
Censo de Población 2001, INE. Elaboración propia.

TABLA 4

Nivel formativo de la generación de 1967-71 (nacidos en municipios rurales castellano-leoneses)
(en porcentajes)

	Varones	Mujeres
Sin estudios	2,2	1,8
Primer grado	15,5	9,6
Segundo grado	68,4	63,3
Tercer grado	13,9	25,3
Total	100,0	100,0

III. EL IMPACTO DEL NIVEL DE ESTUDIOS EN LA MASCULINIZACIÓN

La constatación de que el proceso de masculinización tiene una intensidad variable en función del nivel de estudios es un primer hallazgo que demanda una explicación más detenida. Si bien el supuesto de la huida ilustrada sigue siendo consistente, resulta ahora incompleto. Que las mujeres con alto nivel de estudios son quienes más abandonan el medio rural es cierto, pero también lo hacen así los varones. Este paralelismo no se produce, por el contrario, en los niveles de formación más bajos: de hecho, la baja formación impulsa a emigrar más a las mujeres que a los varones. En la medida en que consideramos que esta pauta tiene que ver con la conformación de los mercados de trabajo locales, vamos a comparar los datos de Castilla y León con los de la Comunidad Valenciana, en donde el fenómeno de la masculinización rural es mucho menor.

La masculinización rural en la Comunidad Valenciana es aproximadamente un tercio de la que existe en Castilla y León (vid. gráfico 7). En el caso del Levante el fenómeno es más tardío: son las generaciones jóvenes quienes se incorporan a la migración selectiva, frente a la tradición que tiene el fenómeno en el resto del territorio español.

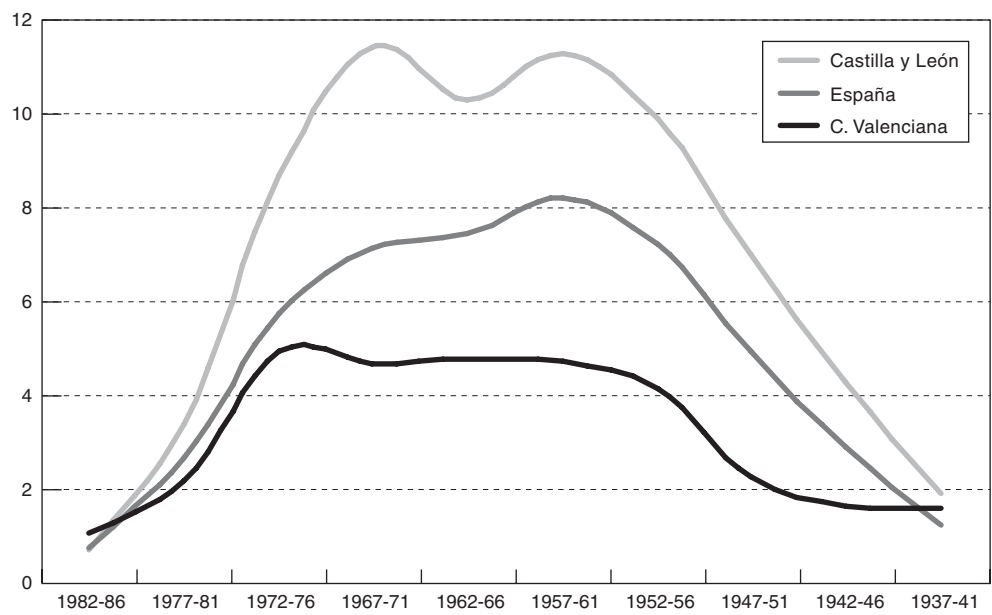
Sin embargo, al margen de las diferencias en intensidad, la relación entre sobreemigración femenina y nivel formativo se mantiene para las distintas generaciones y distintos territorios analizados: es decir, la sobreemigración es producida desde las categorías con niveles formativos inferiores. En el gráfico 8 podemos ver las diferencias en las tasas de permanencia entre las dos generaciones de varones y mujeres nacidas en áreas rurales, en función del nivel de estudios alcanzado en la actualidad. Estas diferencias son siempre positivas, lo que debe interpretarse en el sentido de que es mayor la permanencia masculina que la femenina. Podemos observar también que la pendiente en todas las figuras es negativa (la sobreemigración femenina disminuye al aumentar el nivel de estudios), con la excepción de la generación 1952-56 en la Comunidad Valenciana, donde la pendiente negativa es tan leve que se puede decir que el nivel de estudios no tiene efectos claros en la emigración diferencial por sexo.

Lo que, en definitiva, muestran los datos es que donde se concentra la masculinización rural, medida a través de las diferencias en permanencia de las distintas cohortes, es en los niveles formativos menores.

Estos hallazgos, tan regulares, no dejan de ser sorprendentes. No están en la línea de lo que se hubiera esperado a tenor de la tesis de la «huida ilustrada», que sugiere que el vaciamiento de mujeres del medio rural tiene que ver con el acceso a niveles educativos elevados. Pero también sorprenden porque no guardan relación con la estructura de los

GRÁFICO 7

Comparación de la sobreemigración rural femenina de Castilla y León y la Comunidad Valenciana



NOTA:
Municipios rurales <5.000 habitantes.

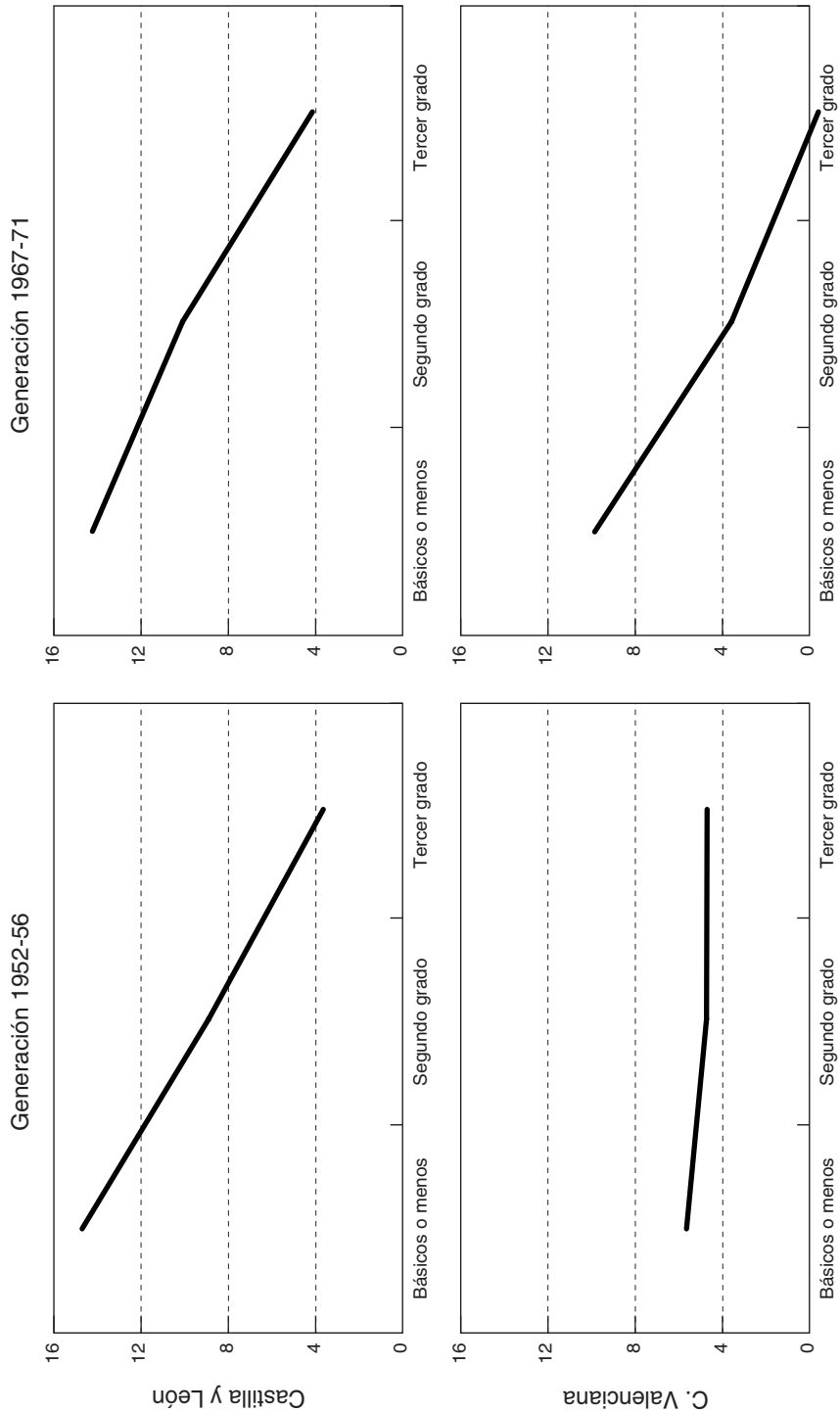
FUENTE:
Censo de Población 2001, INE. Elaboración propia.

mercados laborales de las áreas rurales. Los empleos existentes en las áreas rurales son de menor cualificación, sobre todo en el caso del empleo femenino. Los mercados de trabajo rurales deberían mostrar, por ello, una capacidad de retención de la población femenina más acusada en el caso de los colectivos de menor nivel educativo que en aquellos más educados. Lo que sucede es exactamente lo contrario.

La cuestión siguiente es analizar la relación de estas pautas migratorias con la movilidad espacial: en qué medida la movilidad espacial permite estrategias distintas de inserción en los mercados laborales para hombres y mujeres rurales y cómo ello interviene en trayectorias migratorias diferentes.

GRÁFICO 8

Diferencias en tasas de permanencia entre varones y mujeres



IV. LA UBICACIÓN EN EL *CONTINUUM* DE MOVILIDAD

Para analizar el impacto y las diferencias entre *commuter* y migración, prácticas que polarizan el denominado *continuum* de movilidad, nos situaremos ahora en el lugar de destino: el mercado de trabajo urbano. De esta forma estudiaremos para estas generaciones rurales sus formas de inserción en el mismo. La relación de los habitantes rurales con el mercado de trabajo urbano es posible bien a través de un proceso migratorio, es decir, mediante el abandono del medio rural y su consecuente instalación como residentes y trabajadores en áreas urbanas, o bien mediante el recurso al *commuting*: no se produce una emigración, pero sí se desarrolla la actividad laboral en áreas urbanas.

La distribución de ambas estrategias de acceso al mercado de trabajo urbano de las generaciones rurales se detalla en la siguiente tabla (vid. tabla 5). Bajo el rótulo de *commuters* se encuentran aquellos que siguen residiendo en el medio rural pero tienen su trabajo en un municipio urbano; bajo el rótulo de residentes se encuentran aquellos que han emigrado del medio rural y que ahora residen y trabajan en el medio urbano (ex rurales).

TABLA 5

La presencia en el mercado de trabajo urbano de las generaciones rurales en función de la movilidad

		Varones			Mujeres		
		Primer grado y menos	Segundo grado	Tercer grado	Primer grado y menos	Segundo grado	Tercer grado
C. Valenciana 1967-71	<i>Commuters</i>	59,7	58,1	53,2	34,3	47,1	51,6
	Residentes	40,3	41,9	46,8	65,7	52,9	48,4
C. Valenciana 1952-56	<i>Commuters</i>	38,9	32,8	22,3	20,3	20,4	19,9
	Residentes	61,1	67,2	77,7	79,7	79,6	80,1
Castilla y León 1967-71	<i>Commuters</i>	49,1	40,2	37,4	22,1	26,9	33,8
	Residentes	50,9	59,8	62,6	77,9	73,1	66,2
Castilla y León 1952-56	<i>Commuters</i>	21,9	13,3	9,3	7,0	6,2	7,0
	Residentes	78,1	86,7	90,7	93,0	93,8	93,0

NOTA:
Municipios urbanos >5.000 habitantes.

FUENTE:
Censo de Población 2001, INE. Elaboración propia.

En la descomposición del mercado de trabajo urbano en función del *continuum* de movilidad se observan varias relaciones (vid. tabla 5). Por lo general, el peso de los *commuters* es menor que el de los residentes (ex rurales). Generalmente, el *commuter* es mayor en el caso de los varones que en el de las mujeres. En el caso de los varones, el *commuter* es siempre mayor a mayor descualificación, mientras que en el caso de las mujeres las diferencias por estudios no son relevantes en el caso de las generaciones mayores, pero mantienen una tendencia inversa a los varones en el caso de las generaciones jóvenes. Es decir, existe una relación positiva entre *commuter* y cualificación en el caso de las mujeres más jóvenes. Esta última constatación, la tendencia inversa entre cualificación y *commuting* entre varones y mujeres, es idéntica a la que realiza Fuguitt (1991) para el conjunto de Estados Unidos en la década de los ochenta.

Estos datos muestran una relación clara entre género y estrategia de vinculación en el mercado laboral urbano. Los varones, y especialmente quienes tienen menos cualificación, mantienen patrones de movilidad más elevados, es decir, la relación entre residencia y trabajo es más flexible. Sectores masculinizados y de baja cualificación como la construcción, la agricultura y el transporte concentran buena parte del *commuter* de los varones rurales¹¹, mientras que el *commuter* femenino presenta un perfil de mayor cualificación (Oliva, 2007). En este sentido se deduce que, al contrario de lo que sucede con los varones, para las mujeres la vinculación entre residencia y trabajo se muestra más rígida, especialmente en el caso de baja cualificación y empleos manuales.

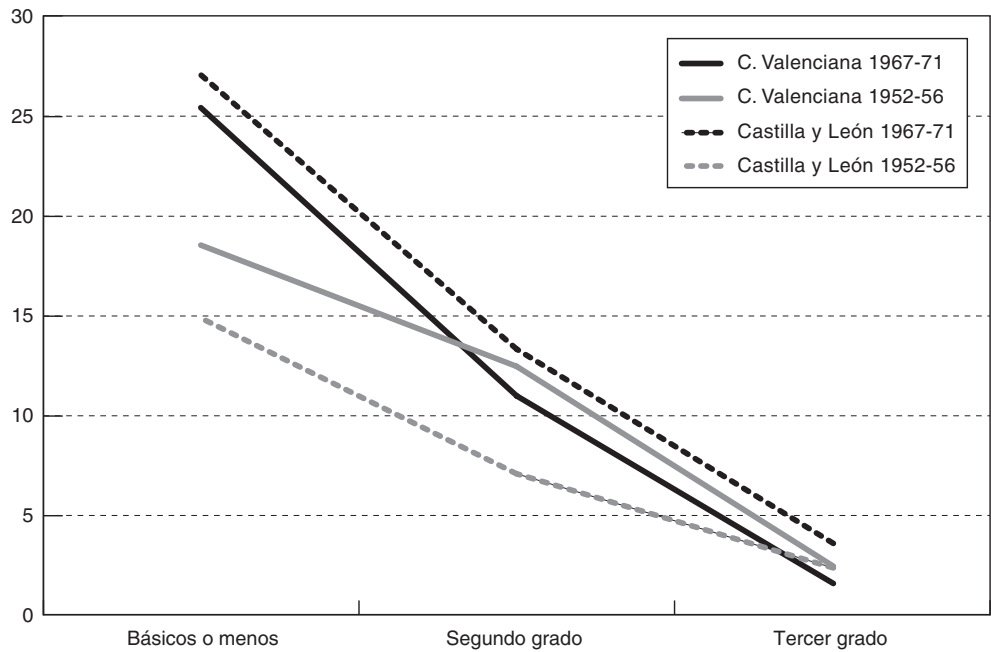
Los datos correlacionan claramente con el sentido de las diferencias en permanencia anteriormente señaladas. Así, la mayor permanencia de los varones tiene su contrapeso en su mayor movilidad en el territorio. El gráfico 9 ilustra este hecho. Si comparamos este gráfico con el gráfico 8 aparece una clara relación: las pendientes vuelven a ser negativas; así, mayores diferencias en *commuting* producen mayores diferencias en emigración. Es decir, la masculinización rural se produce en los bajos niveles de estudio, y es precisamente en este colectivo en donde el *commuter* de los varones es también mayor.

Otro dato relevante es el hecho de que en los colectivos de alta cualificación no aparecen diferencias en las estrategias de *commuter* y de emigración entre varones y mujeres. A este dato hay que añadir que para las nuevas generaciones existe una aproximación en las tasas de *commuting* (vid. gráfico 10). Sin embargo, esa relación de igualdad en el acceso a los mercados de trabajo urbanos desde el mantenimiento de la residencia rural se reduce progresivamente con la edad.

¹¹ Oliva (2007). Para análisis específicos en el caso de la construcción, vid. Oliva y Díaz (2005). Para la agricultura, Pedreño (1999).

GRÁFICO 9

Diferencia de porcentaje de *commuters* entre varones y mujeres, en las generaciones rurales que trabajan en áreas urbanas

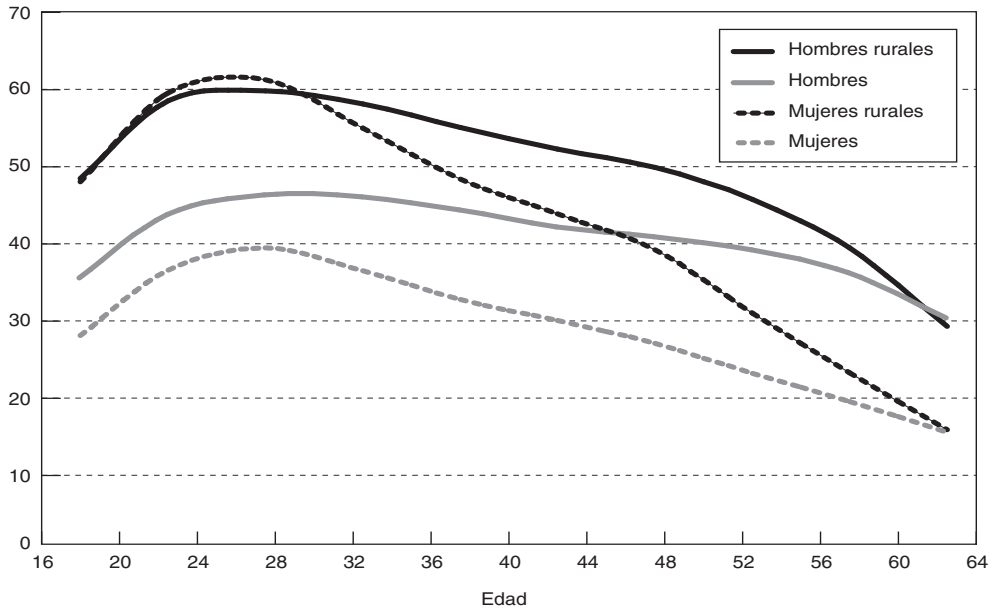


FUENTE:
Censo de Población 2001, INE. Elaboración propia.

Estos datos son coherentes con los resultados de un reciente estudio que apunta cómo los ciclos vitales y laborales de las mujeres rurales se relacionan con las posibilidades de movilidad (Camarero *et al.*, 2006). Dicho estudio muestra que buena parte de las trabajadoras rurales asalariadas, coincidiendo con los años dedicados de forma más intensiva a la crianza de los hijos, y al ver reducida su movilidad, abandonan los mercados de trabajo extralocales para concentrarse en los empleos locales de baja cualificación, para insertarse en negocios de tipo familiar o convertirse en autónomas en actividades de distinta índole, con el resultado de un incremento importante de la precariedad laboral soportada.

GRÁFICO 10

Tasas de movilidad laboral por edad y sexo



NOTA:
Municipios menores de 5.000 habitantes.

FUENTE:
Censo de Población 2001, INE. Elaboración propia¹².

V. DISCUSIÓN: MASCULINIZACIÓN RURAL, MERCADOS DE TRABAJO Y MOVILIDAD LABORAL

Los datos han mostrado las siguientes relaciones. El principal ámbito en el que se produce masculinización rural es en los colectivos de menor nivel educativo. El nivel de estudios mantiene también una relación con el *continuum* de movilidad pero diferenciada por género. En los varones, altos estudios significa menor práctica del *commuter* frente a emigración, al revés que en las mujeres. Estas diferencias en el posicionamiento en el *continuum* aumentan la potencia de las diferencias de emigración de las mujeres de bajos estudios y reducen, mediante el aumento del *commuter*, las migraciones masculinas.

¹² Originalmente publicado en el *Atlas de la España Rural* (Camarero y Oliva, 2005).

De estos datos puede confirmarse la suposición inicial de mayor intercambiabilidad de los mercados de trabajo urbanos y rurales en el caso de los varones. Pero quizás el hecho más llamativo sea la distinta posición de hombres y mujeres en el *continuum* de movilidad cuando se tiene en cuenta la formación. Es decir, en el caso de las mujeres, bajos estudios inducen a emigración, mientras que altos estudios favorecen estrategias de *commuter*. En este sentido es importante tener en cuenta que altos niveles de formación no implican necesariamente un acceso igualitario por sexo a distintas posiciones o condiciones laborales. Con niveles de estudios similares, por lo general, las posiciones laborales de los hombres suelen ser superiores (en términos de remuneración, estabilidad y reconocimiento laboral) a las de las mujeres. Precisamente, en este sentido, el *continuum* de movilidad puede estar expresando una nueva fuente de desigualdad, en función de la distribución de los puestos.

Los datos sugieren la siguiente relación: para los varones rurales la cualificación supone arraigo urbano. En muchas actividades de tipo profesional o técnico los mejores empleos, aquellos que generan un mayor rango, se vinculan a la residencia urbana, no así para los empleos de menor cualificación, que exigen mayor movilidad y que no vinculan residencialmente. Para las mujeres la situación resulta diferente. Los puestos de baja cualificación exigen mayor disponibilidad, implican jornadas más largas, más estrictas y menos flexibles, lo que incrementa el coste de la movilidad y la dificultad para compatibilizar vida familiar y laboral, en un contexto de separación entre residencia y trabajo. Por el contrario, las mujeres con alta cualificación se permiten una mayor movilidad, y su menor acceso a los puestos más elevados de la jerarquía ocupacional implica una menor dependencia de puestos laborales urbanos.

La distintiva relación de género que se establece entre residencia y lugar de trabajo nos lleva a la distinta posición de varones y mujeres en el ámbito de la responsabilidad en el trabajo doméstico, especialmente en lo que se refiere al cuidado de menores, de mayores y de personas dependientes. Las mujeres utilizan diferentes estrategias para resolver la colisión entre sus roles laborales y familiares, estrategias que varían dependiendo del nivel socioprofesional (Tobío, 2001). Para las mujeres con menor nivel de cualificación y de ingresos, que no pueden recurrir sistemáticamente a la ayuda doméstica remunerada o pagar guarderías privadas, las estrategias de tipo espacial y temporal cobran una importancia fundamental. Para estas mujeres, vivir cerca de sus madres (disponiendo por tanto de la ayuda impagable de las abuelas), y vivir cerca del trabajo, o trabajar cerca de casa, es vital para mantener la actividad laboral¹³.

¹³ La concentración de la población mayor (los abuelos y las abuelas) en los centros comarcales puede estar siendo a la vez causa y efecto de la emigración femenina rural a los mismos. Por otro lado, en determinadas áreas rurales la existencia de *commuters* femeninas está suponiendo el aumento de las oportunidades para trabajar como empleadas de hogar o «cuidadoras».

Es decir, bajos estudios conducen a trabajos de baja cualificación, con condiciones laborales poco flexibles y escasa remuneración. En estos casos la distancia entre el domicilio familiar y el lugar de trabajo tiene que ser lo más pequeña posible. Por ello, bajos estudios implican, por lo general, en el caso de las mujeres, la opción de la emigración frente al *commuter*, dado que los mercados de trabajo rurales son de carácter fundamentalmente extralocal. El tipo de trabajo que realizan las mujeres con alta cualificación favorece, por el contrario, la opción del *commuter*. En esta línea, Oliva (2007), recogiendo la noción de *automobility* de Urry (2004), muestra la importancia de las estrategias de movilidad autoorganizada y privada en la gestión de la vida cotidiana y en la inserción laboral sin desarraigo de las mujeres rurales¹⁴.

Respecto al futuro de la masculinización rural, lo que se deduce de todo lo anterior es que no hay indicios de que remita. Una vez discernidas las causas que contribuyen a dicho proceso, la remisión del mismo estaría vinculada principalmente al aumento de la emigración de los varones, pero visto que el *continuum* de movilidad tiene una lógica clara de género en relación con los mercados laborales, no hay indicios de que esto pueda variar. Por último, se observa que esta situación se acrecienta por la sobrecualificación de las mujeres rurales. Téngase en cuenta que a mayor nivel de estudios, mayor también es la emigración; así que la sobrediferencia formativa de las nuevas generaciones amplifica el volumen de emigración femenina.

Para terminar, conviene reconsiderar a tenor de los hallazgos el carácter de la localidad como motor y organizador del desarrollo, y especialmente del empleo, carácter en el que la tesis de la reestructuración rural puso gran énfasis (Marsden, Lowe y Whatmore, 1992; Bradley y Lowe, 1984). Recientemente, el trabajo realizado por Oliva (2007) muestra la constante intercambiabilidad entre trabajo local y extralocal en el análisis de las biografías socioprofesionales.

En función de ello puede aventurarse que el tradicional modelo rural de mercados de trabajo, caracterizado por mercados locales, familistas y restringidos, se ha venido transformando en un modelo de mercados de trabajo extralocales, asalariados y flexibles. El mecanismo de regulación del modelo anterior era la emigración, mientras que ahora este papel lo ocupa el *commuting*.

Y, en este sentido, teniendo en cuenta la gran importancia atribuida al principio de «desarrollo endógeno», y el papel cada vez más limitado que juegan realmente los mercados de trabajo locales en las estrategias laborales de la población rural, quizás la reflexión sobre la

¹⁴ Cruz (2007) señala los importantes frenos culturales a la automovilidad de las mujeres rurales.

masculinización rural deba orientarse ahora hacia claves identitarias. Los nuevos modelos de desarrollo rural han puesto el acento en la importancia que tienen actividades tradicionalmente realizadas por mujeres en el ámbito de la economía familiar o informal, como nuevos yacimientos de empleo. El «desarrollo endógeno» aparece vinculado al espíritu emprendedor de la población rural, y sobre todo de las mujeres, que pueden convertir estas actividades en nuevas oportunidades de profesionalización e integración laboral a nivel local. Sin embargo, la evidencia de que para las mujeres rurales el arraigo laboral va acompañado en general de un aumento de la precariedad pone en cuestión esa visión, quizás en exceso ingenua, de los planteamientos institucionales del desarrollo rural (Sampedro y Camarero, 2007).

Esta impresión se acentúa si tenemos en cuenta los estudios que apuntan la existencia de una considerable presión ideológica hacia el mantenimiento de los roles domésticos tradicionales, incluso en un contexto de «nueva ruralidad». Los trabajos de Little y Austin (1996), Little (1997), Hughes (1997) y Halliday y Little (2001) inciden en la relación entre las representaciones sociales relativas al género y la familia y la propia imagen de la «ruralidad». En concreto, señalan cómo la ideología tradicional sobre el papel de las mujeres como esposas y madres es reforzada en ocasiones por la ideología sobre la identidad rural postmoderna, que sustenta el denominado *rural idyll*. Feminidad y domesticidad se vinculan de una manera muy poderosa con la noción de comunidad orgánica que está en el centro del ideal de «ruralidad»: la comunidad rural sería idealmente el espacio de la solidaridad auténtica que representa la vida hogareña, y el papel incondicionalmente cuidador y nutricio de la mujer. Este estereotipo tradicional de mujer se llena, además, de significados que tienen que ver con la vida «auténtica», «natural» o «relajada» que se asocia a los entornos rurales, de forma tal que las habilidades culinarias o artesanales de las mujeres, su predisposición a trabajar desinteresadamente por la comunidad, su presunta mayor vocación «ecológica», o el considerar como prioritario el cuidado de la familia frente al éxito material o profesional, se convierten en un «estilo de vida» natural, alejado de las presiones de la doble jornada de las mujeres urbanas.

Conocer más acerca de los procesos sociales que subyacen a la masculinización rural exige, por tanto, ahora una mirada hacia los valores y las representaciones con que las propias mujeres sostienen sus trayectorias laborales y sus proyectos vitales. Vincular, en definitiva, el arraigo y el desarraigo con los diferentes lugares que ocupan las mujeres rurales en esa invisible malla estructural formada por el trabajo, la formación y el estatus familiar, y moldeada por las desigualdades en el acceso a la movilidad.

BIBLIOGRAFÍA

ABRAMOVAY, R. (2000): «Agricultura familiar y desarrollo territorial», en *Land Reform*, vol. 1, FAO.

ALM'S, R., y HAUGEN, M. (1991): «Norwegian Gender Roles in Transition: the Masculinization Hypothesis in the Past and in the Future», en *Journal of Rural Studies*, vol. 7, n.º 1/2, pp. 79-83.

AMIN, A. (ed.) (1995): *Post-Fordism. A reader*, Oxford, Blackwell.

BOSERUP, E. (1970): *Women's Role in Economic Development*, Nueva York, St. Martin's Press.

BRADLEY, A., y LOWE, P. (eds.) (1984): *Locality and rurality: economy and society in rural regions*, Norwich, Geo Books.

CAMARERO, L. (1993): *Del Éxodo Rural y del Éxodo Urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

CAMARERO et al. (2005): *Emprendedoras rurales. De trabajadoras invisibles a sujetos pendientes*, Valencia, Centro Tomás y Valiente.

— (2006): *El trabajo desvelado. Trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España*, Madrid, Instituto de la Mujer.

CAMARERO, L., y OLIVA, J. (2005): «Los Paisajes Sociales de la ruralidad tardomoderna», en *Atlas de la España Rural*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 426-435.

CAMARERO, L.; SAMPEDRO, R., y VICENTE-MAZARIEGOS, J. (1991): *Mujer y Ruralidad en España. El Círculo Quebrado*, Madrid, Instituto de la Mujer.

CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL. COMUNIDAD DE CASTILLA Y LEÓN (2004): *Las mujeres en el medio rural de Castilla y León*, Valladolid, CESCYL.

CRUZ, F. (2007): *Género, Psicología y Desarrollo Rural: las representaciones sociales de las mujeres en el medio rural*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

DE LA FUENTE, G. (1987): «Las jóvenes rurales en la encrucijada. El caso castellano» en *Agricultura y Sociedad*, n.º 42, pp. 47-71.

DÍAZ MÉNDEZ, C. (1995): *Estrategias familiares y juventud rural*, Madrid, MAPA, Serie Estudios, n.º 134.

— (2005): «Aproximaciones al arraigo y al desarraigo femenino en el medio rural: Mujeres jóvenes en busca de una nueva identidad rural», en *Papers*, n.º 75, pp. 63-84.

— (2007): «Cambios generacionales en las estrategias de inserción sociolaboral de las jóvenes rurales», en *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, n.º 211.

FANTOVA, J. M., y ROGER, L. (1990): *Plan tal como fue (Primera Fiesta de los Solteros de Plan. Valle de Gistau)*, Zaragoza, Ediciones de L'Astral.

FUGUITT, G. (1991): «Commuting and the Rural-Urban Hierarchy», en *Journal of Rural Studies*, vol. 7, n.º 4, pp. 459-466.

GARCÍA BARBANCHO, A. (1975): *Las migraciones interiores españolas 1961-1970*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos.

GÓMEZ BENITO, C.; GONZÁLEZ J. J., y SANCHO HAZAK, R. (1999): *Identidad y profesión en la agricultura familiar*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

- GONZÁLEZ, J. J. (1993): «Efectos perversos de las estrategias familiares en agricultura», en L. Garrido y E. Gil Calvo (eds.), *Estrategias Familiares*, Madrid, Alianza Universidad.
- GREENBERG, J. (1949a): «City Size and sex distribution», en *American Sociological Review*, vol. 14, n.º 1, pp. 42-44.
- (1949b): «Some Regional Aspects of Sex Distribution», en *Social Forces*, vol. 27, n.º 3, pp. 272-273.
- HALLIDAY, J., y LITTLE, J. (2001): «Amongst Women: Exploring the Reality of Rural Childcare», en *Sociologia Ruralis*, vol. 41, n.º 4, pp. 423-437.
- HARVEY, D. (1989): *The condition of postmodernity: An enquiry into the origins of cultural change*, Oxford, Blackwell.
- HAUGEN, M., y BRANDTH, B. (1994): «Gender differences in Modern Agricultura: The case of female farmers in Norway», en *Gender and Society*, vol. 8, n.º 2, pp. 206-229.
- HUGHES, A. (1997): «Rurality and cultures of womanhood», en P. Cloke y J. Little (eds.), *Contested countryside cultures: otherness, marginalisation and rurality*, London, Routledge.
- HUNT, C. (1965): «Female Occupational Roles an Urban Sex Ratios in the United Status, Japan, and the Philippines», en *Social Forces*, vol. 43, n.º 3, pp. 407-417.
- JOURNAL OF RURAL STUDIES (2004): «The economic diversity of Rural England: stylised fallacies and uncertain evidence», en *Journal of Rural Studies*, n.º 20, pp. 263-272.
- KAYSER, B. (1990): *La renaissance rurale. Sociologie des campagnes du monde occidental*, Paris, Armand Colin.
- LANDIS, P. (1948): *Population Problems: A Cultural Interpretation*, Nueva York, American Book.
- LITTLE, J. (1990): «The rural labour-market: opportunities for women», en A. Champion y C. Watkins (eds.), *People and the Countryside*, London, Chapman.
- (1991) «Theoretical issues of women's non-agricultural employment in rural areas, with illustrations from the U.K.», *Journal of Rural Studies* (7), 1-2, 99-105.
- (1994): «Gender Relations and the rural labour process», en S. Whatmore, T. Marsden y P. Lowe (eds.), *Gender and Rurality*, Londres, David Fulton.
- (1997): «Employment marginality and women's self-identity», en P. Cloke y J. Little (eds.), *Contested countryside cultures: otherness, marginalisation and rurality*, London, Routledge.
- LITTLE, J., y AUSTIN, P. (1996): «Women and the Rural Idyll», en *Journal of Rural Studies*, vol. 12, n.º 2, pp. 101-111.
- MARSDEN, T.; LOWE, P., y WHATMORE, S. (eds.) (1990): *Rural Restructuring: Global Processes and their Responses*, Londres, Fulton.
- (1992): *Labour and Locality. Uneven development and the rural labour process*, Londres, David Fulton.
- OCDE (2006): *Un nuevo paradigma rural. Políticas y Gobernanza*, Madrid, MAPA.
- OLIVA, J. (1995): *Mercados de trabajo y reestructuración rural*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Serie Estudios, n.º 98.
- (2007): «Movilidad Laboral y Estrategias de Arraigo Rural», en *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, n.º 211.
- OLIVA, J., y DÍAZ, S. (2005): «Reestructuración Productiva y Movilidad Laboral: Los *commuters* de la construcción en Castilla-La Mancha», en J. J. Castillo (dir.), *El Trabajo Recobrado*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

PEDREÑO, A. (1999): *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales. Estrategias familiares y nomadismo laboral en la ruralidad murciana*, Madrid, MAPA.

RAPOPORT, R., y RAPOPORT, R. N. (eds.) (1978): *Working Couples*, Nueva York, Harper and Row.

RENKOW, M., y HOOVER, D. (2000): «Commuting, migration, and rural-urban population dynamics», en *Journal of Regional Science*, vol. 40, n.º 2, pp. 261-287.

SAMPEDRO, R. (1996): «Género y Ruralidad. Las mujeres ante el reto de la desagrarización», Madrid, Instituto de la Mujer.

SAMPEDRO, R., y CAMARERO, L. (2007): «Mujeres empresarias: el sujeto pendiente del desarrollo rural», en *Revista Internacional de Sociología* (en prensa).

SOROKIN, P., y ZIMMERMAN, C. (1929): *Principles of Rural-Urban Sociology*, Nueva York, Henry Holt and Company.

TOBÍO, C. (2001): «Conciliación o contradicción: cómo hacen las madres trabajadoras» en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 97, pp. 155-186.

URRY, J. (2004): «The "System" of Automobility», en *Theory, Culture and Society*, n.º 21 4/5, pp. 25-39.

WHATMORE, S. (1991): *Farming women: Gender, work and family enterprise*, Londres, McMillan.

WINFIELD, F. E. (1985): *Commuter marriage: Living together, apart*, Nueva York, Columbia University Press.

ZELINSKY, W. (1971): «The hypothesis of the Mobility Transition», en *Geographical Review*, vol. 61, pp. 219-249.